

# BALACERA

*Iván Osorio Sabogal*

Hospital Psiquiátrico Universitario del Valle. Cali, Colombia.

A esa hora de la mañana el sol apenas despunta entre los cafetales, como sin ganas, sólo algunos rayos logran colarse por la vegetación de sombrío, los guamos, las cañafístolas, los quiebrabarrigos y se dispersa por todas partes el olor a madrugada. El recorrido desde que salimos del patio hasta el primer cafetal es menos duro porque el escaso calor que se desprende logra disminuir los tiritones del agua helada del baño del patio trasero, pero apenas empieza a angostarse el sendero la cosa cambia y todos tenemos que correr para buscar los escasos claros donde la luz alcanza a penetrar entre la vegetación. La vereda es muy angosta, con algunos resaltes allí donde las patas de las mulas han terminado por hacer hueco, a veces mi hermano adelante roza con la mochila las hojas de los caturrales y una lluvia de gotas de rocío me empapa la ruana y la cara.

Me distraigo por esta parte del camino haciendo vahos con mi aliento casi congelado hasta que noto que mi hermano se va alejando y tengo que correr para alcanzarlo por el camino. Me alegra que mi hermano, que acaba de cumplir doce, siga estudiando porque ya le han hecho enviones para que se vaya con unos y otros, si él decidiera partir yo tendría que quedarme en la casa, porque mi mamá no me dejaría irme sola o con alguno de los indiecitos de las casas vecinas. Tiene razón, es una hora de camino hasta la escuela y la mayor parte de la travesía pasa por cafetales sombríos y zonas peladas de barranco. Incluso cuando llegamos a la carretera, nada cambia mucho, solo que allí son dos huellas embarradas por donde pasa ocasionalmente alguno de los patrones en sus jeeps o las camionetas de los malandros. La única diferencia es que la vegetación se dispersa y ya no

me azotan en la cara las ramas de los cafetales. También cuando vamos por las huellas ya el sol está mas alto y yo he sudado bastante bajo la ruana como para que ahora corran goterones por mi espalda, empapando mi camisa blanca. Ya voy mas agotada y mi hermano me señala cómo están madurando los mangos y los pomarrosos al lado del camino, ya sabemos qué comeremos de regreso. Hoy salimos bastante tarde porque anoche llovió y levantarse fue todo un proceso, que si no fuera por los empujones de mi mamá y la correa de mi papá, nos hubiéramos quedado en casa. Mi hermano hace tiempo que no le tiene miedo a la correa de mi papá y cuando lo cascan amenaza con irse con el primero que se lo proponga. A mí todavía me quedan algunos años de cuerizas, pero me gusta aprender letras y números en la escuela. Me gusta ver mi retrato en la carpeta de

la profe, me hace recordar el viaje en jeep al pueblo, para acompañar a mi papá por la remesa, pero además para tomarnos la foto en la tienda del pueblo, con ese señor de pelo lamido que me movía la cabeza para todos lados y luego me decía que me quedara quieta. A los ocho días mi papá volvió del pueblo con las fotos de los dos, con una palidez terrosa que al principio no reconocía pero que ahora me representa en el folder de mi maestra. Lastima por los indiecitos, la profe dijo que el nuevo decreto prohibía que recibiera alumnos si no tenían la foto y el certificado de nacimiento, como si uno para estar vivo tuviera que demostrarlo. Ahora los recibe sin ese requisito, pero ya les dijo que el año entrante no podría hacerlo. Debiera tener lástima también por mí, pues el año entrante mi hermano saldrá de quinto y no podrá regresar, y si lo reclutan de alguno de los bandos, no me podrá acompañar aunque sea mientras salgo de los cafetales a la carretera y si no reciben a los indiecitos, sólo seremos siete estudiantes, muy pocos para que el gobierno mande a la maestra hasta estas lejuras.

Solo pasamos dos casas desde que salimos de la nuestra, la de los indiecitos que nos estaban esperando sentados en el marco de madera de la puerta, solos como siempre y como siempre con esa cara de hambre que me hace acordar de la arepa de maíz que asa mi mama todas las mañanas para despacharnos con una taza de cacao batido con molinillo. Sin

poderme contener estrujo la otra arepa que aún tibia, envuelta en plástico trasparente me acompaña bajo la ruana, hasta la hora del recreo.

La otra casa mete miedo, nunca hay nadie a esta hora y parece que fueran a salir de ella corriendo tras de nosotros. Sin darnos cuenta siempre aceleramos al pasar por allí, sin voltear a mirar. Los antiguos dueños simplemente desaparecieron, como tragados por un fantasma y reemplazados rápidamente por gente de otra parte, que no se levantan a trabajar como mis papás en la madrugada, sino que permanecen en el portalón del patio sentados, fumando sin parar y con las pistolas asomando como bultos entre el pantalón y la camisa.

La escuela queda un poco mas abajo, en una hondonada, se reconoce fácil porque es la única casa de ladrillo de toda la vereda, con ventanales de vidrio a ambos lados, la habitación de la profesora con un baño y un lavadero, el mapa de la vereda pintado en la pared del frente con el letrero que dice "Progresar es aportar ideas y alternativas que permitan mejorar las condiciones de vida de nuestras comunidades campesinas para que puedan vivir y trabajar en paz" y un patio duro y pelado de tanto jugar pelota en los recreos. Lastima que se acabara la plata del comité de cafeteros, que solo alcanzo para hacer esta escuelita y el acueducto veredal, pero es que con el café cada vez mas barato, los cultivos

de amapola que se esconden entre los nísperos y los guamos, y los retenes de los malandros, no es mucho lo que podemos esperar del gobierno. Por lo menos ahora nos manda a la profesora para que dicte clase a todos los alumnos. Mi hermano dice que antes venían dos profesoras y una cogía y enseñaba a los de primero y segundo y la otra a los demás, pero una profe se enfermo cuando llegaron los malandros y nunca volvió. Hoy como todos los días los once alumnos nos acomodamos en el salón, en los pupitres triangulares que fue lo ultimo que enviaron los cafeteros. Hay suficiente espacio para todos, hacemos cuatro hexágonos con los pupitres, los tres indiecitos y otros dos niños hacen las tareas de primero, yo me siento con otros dos niños de mas abajo y somos el salón de segundo, otros dos niños se acomodan como el salón de tercero y mi hermano que hace solo las tareas de quinto año, es el más grande de la escuela.

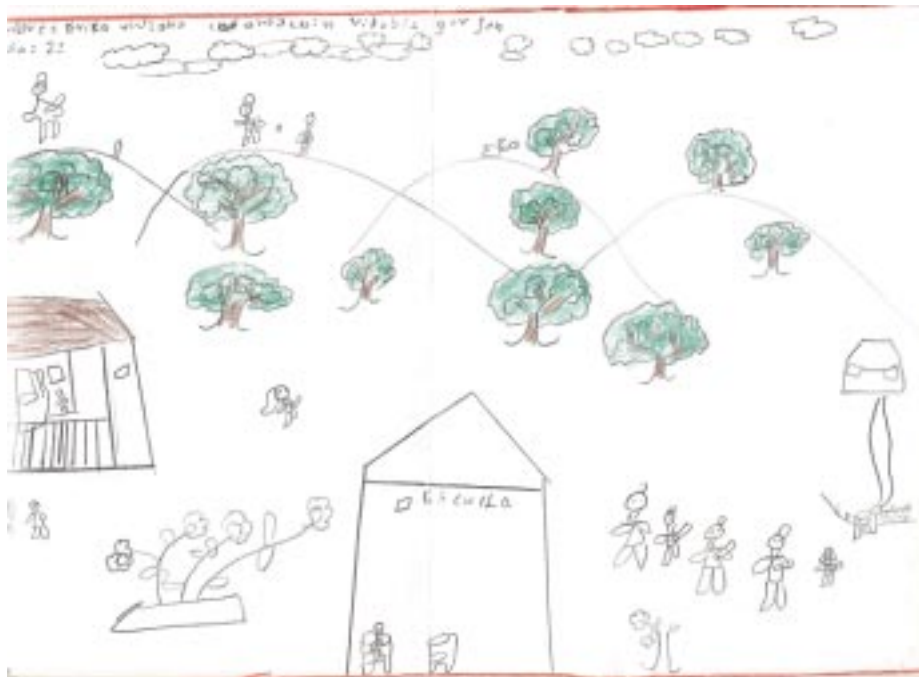
Esta mañana las clases son iguales a las de los otros días, esperamos hasta que todos lleguen, la profesora toca la campanita y nos entramos al salón. Todos sabemos qué hacer, excepto los indiecitos que siempre están en primero y la profesora debe hacerles siempre la misma plana de oes y palitos. Yo ya sé leer pero no hay mucho que leer en mi casa, así que prefiero venir a la escuela porque en los libros de texto siempre hay cosas que mirar. Por la mañana uno se concentra tanto que logra

olvidarse del ruido de los pájaros afuera y de las peleas de los sinsones y las torcazas por las migas de arroz del día anterior que la profe les tira por la ventana.

A eso de las diez la profe toca otra vez la campana y nos da permiso para salir del salón al recreo, todos salimos corriendo y gritando y se forma el mismo juego de pelota de cada día. El balón al principio era de voleibol y lo trajo el profesor de deportes del pueblo que vino una vez a enseñarnos ese juego, pero nos quemaba las manos y en cuanto él se fue, lo agarramos a patadas, ahora ya lo tenemos como un globo blando que suena como cuando estiras un trapo antes de colgarlo y que todos perseguimos de un lado a otro del patio de la escuela.

Cuando nos cansamos de perseguir el balón, mi hermano y yo vamos debajo de unas matas de guayabo al fondo del patio y desempacamos las arepas frías que nos envuelve mi mamá en plástico transparente. El sabor a plástico las impregna pero ya estoy acostumbrada a ese sabor, así como al del chocolate que llevamos en tarros de gaseosa. A veces me da pesar de los indiecitos que son los únicos que no llevan nada a la escuela y les doy un sorbo de mi bebida tibia.

A las once la profesora nos hace entrar nuevamente y a esta hora vienen las clases complicadas de números y ciencias, que nos acompañan hasta la tarde.



Estaba entretenida con una división de dos cifras cuando me di cuenta que empezaba la balacera. Al principio se oían como silbidos lejanos pero fueron aumentando de intensidad hasta que ya parecían como truenos cortos y secos. Los ruidos de las ametralladoras eran metálicos y repetidos como cuando a un jeep se le rompe la cadena en una de las subidas a las fincas. La profesora se puso pálida, pobrecita, y corrió a la puerta y la cerro de golpe, se le veía el miedo en la cara, entonces mi hermano nos dijo a todos que nos tiráramos al piso, no entiendo muy bien para que, porque la escuela esta en mitad de la hondonada y desde donde estábamos tirados podíamos ver con claridad cómo de los dos lados

disparaban sobre nuestras cabezas. Yo reconocí a los que estaban más cerca, les decían los Machos y eran los que vivían en la finca por donde pasábamos todos los días, eran como diez y tenían una ametralladora que disparaba por ráfagas durante mucho rato. El jefe les decía qué hacer y los empujaba para que bajaran a protegerse detrás de la escuela para poder disparar desde más cerca. La escuela no era el lugar para escudarse, porque tenía ventanales grandes de vidrio para los dos lados, que por cierto empezaron a caer sobre nuestras cabezas aumentando la gritería de todos nosotros. Los indiecitos eran los únicos que no lloraban, sólo aullaban como lobos cuando caía algún ventanal, pero el resto del

tiempo permanecían quietos y agarrados los unos a los otros debajo de una mesa. Me di cuenta que los Machos llegaron detrás de la habitación de la profesora porque dejé de ver a varios de ellos y luego los oía al lado de la ventana, gritando groserías a los que estaban a nuestra izquierda. A los otros no los conocía pero sabía quienes eran, les decían los Rastrojos y eran los que protegían a los señores de la parte de abajo, que hacían retenes de vez en cuando en la carretera y a veces bajaban gente que uno nunca volvía a ver. No sabía cuántos eran pero parecían estar alejándose después de un rato cuando los de los Machos empezaron a correr desde la pieza de la profesora hasta los guayabos que quedan al fondo del patio. Los primeros que pasaron corriendo no tuvieron problema pero los dos últimos recibieron toda la andanada de balas. Uno se quedó quieto con el arma agarrada y la cara mirando hacia arriba, pero el otro empezó a gritar, sangraba mucho y se agarraba la barriga, tenía una pierna quebrada y no podía levantarse. Los gritos eran como una sirena y todos gritábamos con él. Sólo entonces se dio cuenta que estábamos allí viéndolo y empezó a señalar a mi hermano que estaba asomado en el borde de la ventana, gritaba pidiendo auxilio como si sólo mi hermano pudiera salvarlo. La profe agarraba a mi hermano como temiendo que pudiera salir a buscarlo. Los de arriba se reían y amenazaban, pero segu-

ro que se estaban yendo por que los Machos habían seguido dispersándose por el lado del patio como si fueran a rodearlos. Por momentos la

deber del buen cristiano colaborar con el caído, pero mi hermano me tapaba la boca hasta que el señor dejó de hacer bulla y se quedó quieto.



balacera arreciaba pero luego volvía a encenderse con nuevos fognazos. El herido del patio seguía moviéndose y gritando pero la voz cada vez estaba más apagada. Ya todos nos habíamos asomado a la ventana a mirar cómo se revolcaba en un charco de sangre y yo me atreví a preguntarle a la profesora: profe, ¿por qué no auxiliamos a ese señor?, la profesora seguía pálida agarrando a mi hermano y me decía que no con la cabeza, pero sin responder. Yo insistía, le decía que ella nos decía que era

Estuvimos en la escuela por horas, aunque no se escuchaban más tiros, pero teníamos más miedo a los dos hombres que estaban quietos en el patio que a las balas que destrozaron el techo y las ventanas. Por la tarde apareció mi papá con mi mamá en una mula y un montón de corotos, caminaban despacio como temiendo que algo explotara bajo sus pies. Se les veía el terror en el rostro y cuando se asomaron preguntando por nosotros a la puerta de la escuela mi hermano corrió a abrazarlos y yo detrás

solté a llorar como no lo había hecho durante todo el día. Dijeron que los papás de los indiecitos no habían querido abrir la casa así que cuando convencieron a la profesora de salir con los demás muchachos para el pueblo yo miraba para atrás y sólo veía a los tres niños indios aferrados uno al otro sentados en el patio de la escuela junto a dos hombres muertos por quién sabe qué razón.

**AGOSTO DE 2004,  
CALI COLOMBIA.**

#### *A manera de glosario.*

Los guamos, las cañafístolas y los quiebrabarrigos son árboles altos de 5 o 6 metros, relativamente despoblados de hojas, de tal manera que sirven de sombrío de los cafetales viejos (los cultivos mas nuevos son de variedades resistentes al calor y no necesitan dicha sombra).

Las fincas cafeteras quedan al pie de la cordillera, aproximadamente a 1500 o más metros de altitud, las casas de las fincas tienen como característica un baño externo a la casa y sin techo donde recogen agua que baja de la cordillera.

Un envión es una forma de amenaza, te visitan a la casa y te invitan a hacer parte de un grupo, por ejemplo.

Un barranco es un desnivel del terreno que por fuerza de la gravedad y la erosión se ha ido barriendo de vegetación, son muy escasos en zona cafetera y los que se ven son



producidos por el hombre al hacer carreteras de penetración.

Una mochila es una especie de bolsa de cabuya o hilaza.

Una ruana es una especie de sobretodo de lana muy gruesa que se abre en el medio para meter la cabeza, como una capa, pero de lana y gris oscura.

Los malandros son los hombres armados de cualquiera de los bandos en contienda en mi país que ingresan a un territorio y se instalan sin mayor contacto con la gente excepto para amenazar o pedir dinero por “cuidarlos de los otros”.

Cascar es golpear y cueriza o jueitera es una pela o zurra con una correa o con un zurriago de cuero del padre, castigo físico muy común en zona campesina.

Indiecitos es un termino despectivo del colonizador andino o de raigambre paisa, que llegó primero, para los colonos del sur, de facciones mas indígenas, generalmente muy pobres, recién llegados de zonas rurales del Cauca, Nariño o Putumayo y que se instalan en zona cafetera en ranchos rudimentarios.

Arepa es un termino coloquial para una torta de harina de maíz.

Sinsontes y torcazas son nombres de aves de zona cafetera. Los unos son cafés con el pecho amarillo y las otras una especie de paloma salvaje mas pequeña que la doméstica, de color pardo.

Nísperos son árboles altos que se siembran a la vera del camino, que los muchachos aprovechan por su fruto de sabor muy dulce.

Guayabos son arbustos de escaso follaje que producen una fruta comestible y que generalmente se siembran en los patios de las casas campesinas.

Los machos y los rastrojos son dos grupos de malandros, entre los muchos que tenemos para nuestro pesar.